



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS ACTORES
PEDRO DELGADO



Est. de Bravo, Desengaño 24 y Madera 8. Madrid.

Si hace Delgado un papel
se sube el papel al cielo;
vedle, si no, en el *Uielo*
que no hay quien lo haga como él.

SUMARIO

Teatro.—De todo un poco, por Luis Taboada.—Cómo cambian los tiempos, por Vital Aza.—La crema, por Eduardo del Palacio.—Frontaura, por Clarín.—De salrés, por Pizarro Irizaroz.—Babosa literaria, por Abdo de Paz.—El sombrero de Pulido, por Juan Pérez Zúñiga.—Nocirno, por F. de Zarándona.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.
GRABADOS.—Pedro Delgado.—El teatro por dentro.—A la puerta de las Galaxias, por Cilla.



El nuevo drama de Leopoldo Cano ha venido á ser un motivo de acalorada discusión.

Hace cuarenta y ocho horas que se estrenó, y aun duran las polémicas. Los autores de obras dramáticas tienen el triste privilegio de hacer hablar á todo el mundo; hasta á los animales.

No hemos de discutir en serio, porque somos incompetentes. Diremos tan sólo que el ilustre poeta ha demostrado, una vez más, que tiene el grandísimo valor de decir todo cuanto quiere.

A muchos no les agrada esta manera de hacer dramas. ¡Hay cosas que no pueden tolerarse!—gritan los enemigos del género.—Presentar en escena á un señorito en completo estado de embriaguez!... ¿Dónde ha visto el autor que se emborrachen los señoritos?...

Los que así piensan, salen del teatro y se van á la taurina.

—Quite V.!—me decía una señora que presenciaba la representación.—¡Sacar a escena una dama que presta dinero al 3 por 100 mensual!...

Después supimos que la espectadora en cuestión anticipa pagas á los barrenderos del Ayuntamiento con el módico interés de un real por duro.

La mayor parte de los anatematizadores de la nueva obra no entran á examinar si es buena ó mala; lo único que sostienen es que el autor no debe decir lo que dice.

Otros, por el contrario, oyen con tranquilidad los reproches que les dirige el autor y hasta los celebran; pero se habla de una mujer cuyo nombre es igual al de otra muy conocida en el mundo alegre, y entonces protestan indignados, y más tarde, en los pasillos, quieren devorar al que les lleve la contraria.

—La obra—nos decía un poeta fúnebre—tiene cosas muy bonitas; pero yo, al final, hubiera matado de otra manera á D. César. No me parece decente que sea el juez quien dispare.

—¿Por qué?

—Porque yo tengo jueces en mi familia y se ofenden mis sentimientos de pariente jurídico. ¿No cree V. que sería más humano coger á César y darle unas gotas de veneno en un terrón de azúcar, diciéndole que era una medicina?

No hay obra que se sustraiga á la crítica inocta. Cada espectador resuelve á su modo el problema dramático.

—Yo, por mi gusto, casaba á D. César con la tía de Luisa—dice uno.

—Yo, si pudiera, haría que Juan de Dios resultara hijo de D. Modesto y de una señora americana, que podría ser á la vez madre de D. César y del administrador. Lo principal en los dramas es emparentar á los personajes para que el conflicto sea mayor.

En suma: el drama, por la curiosidad que ha despertado y por los juicios contradictorios que provoca, llevará mucha gente al Teatro Español.

Que es lo que deseamos, aunque nos esté mal el decirlo; por aquello de que las letras necesitan el concurso del público, si hemos de poder alimentar á nuestras familias.

Cuando uno tiene jaqueca, lo primero que debe hacer para buscar alivio inmediato, es ponerse á escribir un artículo cómico, como nos pasa á nosotros en este momento.

—¿Qué consuelo tan grande se experimenta!

Mientras escribimos, parece que nos están metiendo por las sienes un soneto de Jove y Hevia á manera de clavo.

Si además de esto viene un conocido á distraerle á uno con preguntas impertinentes, el placer aumenta.

—Está V. escribiendo, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Para el MADRID CÓMICO?

—Eso es.

—Y cómo viene V. á escribir al Círculo?

—Porque me han salido cortos unos pantalones.

—¿Cómo?

—Dispense V.; no sé lo que me digo.

—Le estoy distrayendo á V., ¿verdad?

—¡Quiá! No señor. ¡Si me da mucho gusto!...

—Hombre, ¿por qué no habla V. de lo que me pasó la otra tarde con mi portera? Tendría gusto en que lo tratase usted en los periódicos, para calentarle las orejas. Figúrese V. que á mí me gustan mucho los berros. Yo, además, vivo con una tía.

—¡Naturalmente! Gustándole á V. los berros, la consecuencia tiene que ser así.

—La portera no puede ver á mi tía, ¿y qué hizo? Coger los berros y rociarlos con leche de burra.

—¿Ha concluido V.?

—Sí, señor.

—Bueno; pues ya me contará V. esa historia con más calma. Necesito conocer con exactitud los rasgos característicos de esa portera, y de su tía, y de V., y de los demás parientes por ambas líneas de consanguinidad. Ahora estoy medio loco con la jaqueca, y el artículo, y la conversación... ¿Por qué no se va V. á jugar unas carambo-litas?

Nunca falta una persona elocuente y solícita que venga á prestarnos ideas mientras escribimos.

Hasta un dependiente del Círculo, nos dice con acento regocijado:

—A ver cómo pone V. ahí cosas alegres.

—¿Cómo?

—Para que se rían mis niños.

Ha vuelto el frío.

Ahora sólo falta un ciclón como el del año pasado á fin de que salgan á luz los héroes que salvan chicos desde el Ayuntamiento.

Hace días que los periódicos no dan cuenta de ninguna acción generosa realizada por un concejal, ó un inspector, ó un presbítero. Cuando ocurre alguna desgracia, aparecen siempre personas abnegadas que acuden con el bastón en una mano y el corazón en la otra, dispuestos á sacrificarse por cualquiera.

¡Dios mío! Si hubiese alguno que me quitara esta jaqueca!

—¿Qué suelto más hermoso le escribiría!

LUIS TABOADA.

¿CÓMO CAMBIAN LOS TIEMPOS!

Quando de niño empecé
á darme á la poesía
tan en serio lo tomé,
que sólo en serio escribía.

Romántico exagerado,
era lo triste mi fuerte.
¡Válgame Dios! ¡Le he soltado
cada soneto á la muerte!

La fatalidad, el sino,
el hado, la parca fiera,
el arroyo cristalino
y la tórtola parlara...

Todo junto le servía
á mi necia inspiración

para hacer una elegía
que partía el corazón.

No hubo desgracia ni duelo
que en verso no describiera...
¡Sí, estaba pidiendo al cielo
que la gente se muriera!

¿Que tirado el mar se tragaba
la barca de un pescador?
Pues yo en mi lira lanzaba
los lamentos del dolor.

¿Que un amigo se moría,
viejo ó joven, listo ó zafío?
Pues ¡zas! al siguiente día
publicada su epitafio.

«Que una madre azorajada
gemia en llanto deshecho?
«Que por una granizada
se perdió la cosecha?

Pues yo enjugaba aquel llanto
en versos de arte mayor
y maldecía en un *Canto*
al *Granico destructor*.

Escéptico y pesimista,
¡me hacía unas reflexiones!

Sirva de ejemplo esta lista
de varias composiciones:

Ludibrio, Dios iracundo,
Profanación y adulterio,
Los destingos del mundo,
El ciprés del cementerio.

Pues y una composición
en que imitando á otros vates,
con la mejor intención
decía estos disparates?

«¡Ay! El mundo en su falata
aumentará mi delito,
«vertiendo en el alma mía
la duda de lo infinito.

«Triste, errante y moribundo
«sigo el ignoto sendero,
«sin encontrar en el mundo
«un amigo verdadero.

«¡Todo es falsedad, mentíral

«En vano busco la calma!

«¡Sin las cuerdas de mi lira,
«sensibles fibras del alma!

«El mundo, en su loco anhelo,
«me empuja hacia el hondo abismo.

«¡Dudo de Dios y del cielo
«y hasta dudo de mí mismo!

«Esta existencia me hastía!

«¡Nada en el mundo es verdad!...»

.....

¡Y todo esto lo decía

á los quince años de edad!

Francamente, yo no sé

cómo algún lector sensato

no me pegó un puntapié

por necio y por mentecato.

—

Por fortuna, ya no siento

aquellas melancolías,

ni doy á nadie tormento

con vanas filosofías.

Ya no me meto en honduras,

ni hablo de lantos y penas,

ni canto mis amarguras,

ni las desdichas ajenas.

He cambiado de tal modo,

que soy otro diferente:

¡pues hoy me río de todo
¡y me va perfectamente!

VITAL AZA.

LA CREMA

He visto un programa del café del canto,
que anuncia la fiesta al mundo elegante.

Porque las personas bien acomodadas
se cantan, se fuerzan, se dan puñaladas.

Y dice el prospecto á los liberales
que el canto revela glorias nacionales.

Y penas y dichas y amores divinos
y otros mil afectos de los intestinos.

Y luego el programa de la compañía
con títeres y títeres, gente conocida.

Figura el Barbero, y no de Rossini,
sino un guitarrista á lo Paganini.

Y el Chato y el Diente y el Merlo y el Mirlo
y otro que cantando le hace á Dios un chirlo.

Está la Conchita, joven hechicera,
que es una perliota la Cartagenera.

Y Pepa, la Chula y Juana Fatigas,
que lleva el retrato de aquél en las ligas.

Y está Conchito y está la Pastora,
y está la Amparito que si canta llora.

Y cuatro chávalas que cantan guajiras
y ve uno á los negros jactándose tiras.

En las altas horas se sirve bucheles,
chuletas ad *hugues*, pescados, jureles.

Y vinos de pasto y varios licores,
y cafés con moka de nuestros mayores.

El Jerez es barbi, y la Manzanilla
se bebe lo mismo que zarzaparrilla.

Se pasa la noche por poco dinero,
y puede lucirse cualquier caballero.

Y, eso que nos falta, casi lo mejor,
¡que deje bailar el Gobernador!

EDUARDO DE PALACIO.

FRONTAURA

Se ha publicado una nueva edición de *Las Tiendas*, libro original y en prosa de Carlos Frontaura.

Carlos Frontaura, antes de ser conservador, fué un escritor de mucha gracia. Las brujas de Macbeth le hablaron un día al oído, diciendo: ¡Salud Macbeth (Frontaura), salud Thane de Glamis (alias Gobernador de Salamanca), salud Thane de Cawdor!, ó como diría cierto periódico muy erudito y mal pagador:

1^o Witch-All Hail, Macbeth-Hail to thee, Thane of Glamis!

2^o Witch-All Hail, Macbeth-Hail to thee Thane of Cawdor!

y el Sr. Frontaura se dejó seducir y no mató á nadie; pero ahorcó el ingenio para dedicarse á su ambición.

El director de *El Cascabel* no llegó á Ministro, cuanto y más á Rey; le sucedió lo que á muchos literatos verdaderos, que se cansan de cobrar poco y se meten á políticos. El verdadero literato rara vez es buen político, de los que se usan. Para un

Castelar que es buen literato (1) y buen político, hay mil escritores que en cuanto se meten en política de once varas se achican, pierden pie y... se resellan. Sí, el primer acto del escritor al meterse en política suele ser eso, resellarse. Se sabe que el artista, cuando quiere ser hombre de partido, casi siempre salta hacia atrás. El por qué de esto ya lo han explicado muchos prohombres, entre ellos Mme. Sbael en su *Ensayo sobre la literatura*. (Véase el periódico que paga mal, que debe de estar enterado.) Ello es que Frontaura se hizo muy reaccionario y muy místico, como si dijéramos: *El Cascabel*, que había sido la alegría del mundo y todo malicia, empezó á palidecer como si estuviera opilado, y á publicar varios desahogos de flato religioso en forma de endechas cristianas. Por cierto que, *in illo tempore* era yo un adolescente bastante-buen católico, aunque muy liberal, y con un pseudónimo envié dos ó tres *poestas* místicas á *El Cascabel*, que me las publicó en seguida. Mucho se lo agradecí en aquella edad de la inocencia literaria; pero hoy confieso que lo mismo yo que *El Cascabel* tocábamos el violón... como suele decirse. Una cosa es la piedad y otra los periódicos satíricos. Por allí no se iba á ninguna parte. Yo me corregí á tiempo. A los pocos años ya no escribía este bardo versos místicos ni profanos. Pero *El Cascabel*, que es de quien se trata, continuó en la mala senda, cultivando la *noche serena*, de Fr. Luis... en traje de pierrot, género de moda de que abominaba con razón Cervantes. Cuando ya estaba místico en último grado el Sr. Frontaura y se esperaba que se metiese en la Trapa de un día á otro, le vimos subir con destino á su destino. En vez de entregarse á Dios se había entregado al Sr. Cánovas. Era Gobernador.

Cuando volvió D. Carlos de su insula, ó no sé si desde allí, escribió una comedia mediana, de lenguaje muy pasadero, pero con unas pretensiones éticas que daban ganas de llorar. Se llamaba la comedia *Las tres rosas* ó cosa por el estilo.

Y apesar de todo esto Frontaura había sido, y tal vez para sus adentros continuaba siendo, un hombre de ingenio, un literato verdadero, con mucha malicia, con mucha sal y con más gusto que muchos señores que ahora le miran como *cosa* anticuada.

El caballero particular es una zarzuela que tiene gracia verdadera, espontánea, sin necesidad de recursos heroico-bulos.

Y más, mucho más me gusta *En las astas del toro*, que hacer de todo corazón, que es un modelo del género de que después tanto se ha abusado; pero que en sus justos límites es muy legítimo, por muy nacional y muy original y muy regocijado.

Todavía, cuando de tarde en tarde veo *En las astas del toro*, en día de buen humor, gozo con la franca alegría de los quince años y bendigo al autor de aquellas escenas que, sí, señores, son clásicas á su manera.

Las Tiendas es un libro que, como VV. saben, se publicó en *El Cascabel* artículo tras de artículo. Tiene los defectos que son consecuencia del delito de haber nacido de ese modo; monotonía, redundancia, falta de composición artística... pero ¡qué soltura, qué verdad, qué chiste! Sí, señores, sí; en *Las Tiendas*, de Frontaura, hay gracia y naturalidad y observación. ¡Pudo su autor haber escrito tantas cosas así y aun mejores!

¡Frontaura! Nuestros literatos jóvenes apenas le conocen. Tal vez á muchos les parezca extraño que yo le alabe aquí.

Entre la inquietud y las veleidades del político y la debilidad de carácter del interesado, hicieron del autor de *El Cascabel* uno de tantos escritores de esos que sobreviven á su popularidad. ¡Qué cosa tan triste!... ¡Cuántas culpas de todos!... El vulgo que olvida, el escritor que se cansa, las necesidades prosaicas que apuran, la crítica ligera, que ayuda á enterrar una fama hablando de decadencia y agotamiento con crueldad fría, con precipitación censurable, sin saber acaso el mal que hace... ¿De quién es la culpa? se puede preguntar con el ruso Herzen... Sabe Dios. De muchos.

Pero Frontaura no es viejo todavía. Podrá estar cansado, aburrido, desilusionado... pero yo creo que su ingenio puede resucitar. Hace pocos días leí en la *Ilustración Española* un artículo suyo, «Leyendo la Correspondencia», escrito á bella pluma, sin pretensiones, casi sin argumento, ¡qué importa! allí estaba el Frontaura escritor de buena cepa, el observador sagaz, el satírico gracioso, el hombre de mundo... de mundo grande, el de la calle, el de la lucha por la resistencia. En el descuido no fingido de aquellos pocos renglones, en la sencillez del asunto, en la facilidad de la forma, se adivinaba al literato propiamente tal... que se dedica á otras cosas.

(1) Nota de *La Esfera*: no tan bueno... El Sr. Cánovas sería mucho mejor escritor si la seriedad de hombre de Estado se lo permitiera.

EL TEATRO POR DENTRO

LA PRIMERA BAILARINA



—¿Ha visto usted el collar que le han regalado á Estrella?
—¿Es bonito?

—Regular.

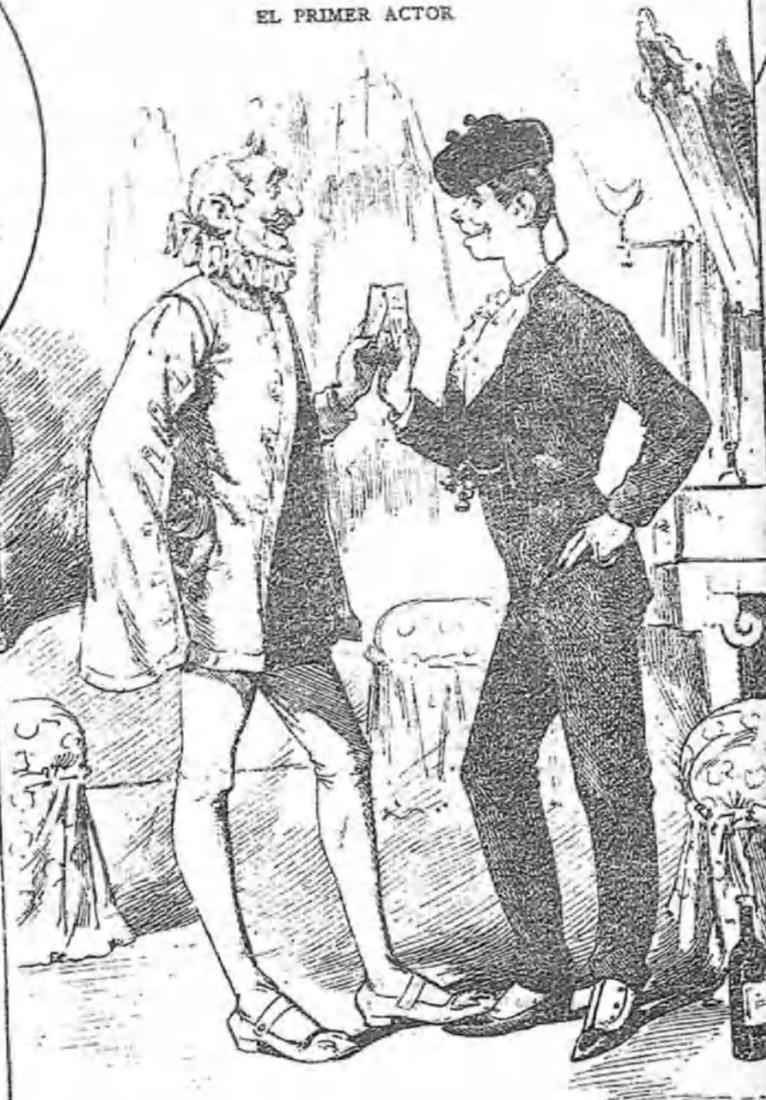
—Así está de tonta ella, ¡no se la puede aguantar!

EL CABO DE COMPARSAS



—¿Que aquí nadie se propasa?
¿que tú eres buen celador?
¿que es muy decente la casa?
¡Pues anda á ver lo que pasa
detrás de aquel bastidor!

EL PRIMER ACTOR



—Va por tu *salú*, barbián.
—¿Qué vas á *jaser* ahora?
—Dar dos pases al galán
y llevarme á su señora.

LA PRIMERA DAMA



—Ha estado V. divina en su papel de esposa incorruptible.
—¿Sí? Pues nó lo he ensayado apenas.

EL PRIMER PORTERO



—Que no se entra, no señor.
—Pero hombre, si soy autor
y tengo ensayo mañana.
Avisé usted al director
—¡Pues no me da á mí la gana

UNA SÍLFIDE DEL MONTÓN



—Nada, la canción eterna;
se me ha dormido esta pierna.

LA PRIMERA CARACTERÍSTICA



—Como aquí todas son unas... cualesquiera, las personas decentes tenemos que aguantarnos... ¡y gracias!
—Descuide V., señora, usted tiene siempre buenos amigos y... ¡verá V. qué *palo* doy mañana á la empresa en *La Unión de Contribuyentes*!

Se me figura que si hoy se le pregunta á Frontaura:—¿V. qué es ahora?

—Contestará:—Yo? cesante (si está cesante, que yo no lo sé de fijo) en vez de decir: literato. Sí, de seguro se considera más cesante que escritor.

Si no hubiera habido en el mundo gobiernos civiles, más ó menos superiores, ni ética, ni fines económicos, como dicen en las escuelas, á estas horas sería acaso Frontaura un gran escritor de costumbres, como también se dice en las escuelas y aun fuera.

—Nota. Ni yo trato á Frontaura, ni me ha regalado su libro, ni esto es más que justicia pura.

CLARÍN.

DE SOIRÉE

Anoche estuve en casa de una Duquesa que recibe los viernes en sus salones, y aunque no es para todos fácil empresa, voy á ver si describo mis impresiones.

La fiesta que tuvimos, sin que la alabe, fué una fiesta brillante y extraordinaria. ¿Qué tiene esto de extraño cuando se sabe que la dueña es Duquesa y es millonaria?

En sus ricos salones resplandecientes llenos de luz, de aromas y de alegría, se veían mil damas entre las gentes, con brillantes tocados de pedrería.

¡Allí conocí á Rosa! ¡Válgame el cielo qué muchacha tan linda! ¡Si es una perla! Mirando aquella cara se queda lelo cualquier sietemesino que llegue á verla.

Yo no he visto en mi vida labios más rojos, ni una cara que tenga tanta hermosura, ni unos ojos más grandes que aquellos ojos, ni cintura más chica que su cintura.

Yo, al bailar, no es extraño, la fui oprimiendo con el ímpetu ardiente del que desea, pero ella se apartaba como diciendo:

—No se acerque usted tanto, que me estropee.

Insisti en abrazarla, pero fué en vano.

La niña ruborosa no consentía.

y en su esbelta cintura posé mi mano ¡con toda la etiqueta que me exigía!

Cansado y aburrido de tal suaura y de un baile compuesto de rigodones, quise un rato alejarme, busqué frescura, y al asomarme á uno de los balcones, vi en la calle una murga, que á su manera, y lanzando á los aires mil desatinos, destrozaba las notas de una habanera delante de una tienda de ultramarinos.

Rodeando á la *orgueta*, y amontonadas en medio del arroyo como adoquines, mil parejas de chulos y de criadas se entregaban al baile... ¡con malos fines!

Al mirar esta gente tan bulliciosa, como no son muy santas mis intenciones, sin poder contenerme pensaba en Rosa sumido en estas tristes meditaciones:

—¡Qué placer tan inmenso si ella quisiera que apretando á mi gusto su esbelta talle, bailáramos juntos esta habanera, como bailan las chulas, las de la calle!

¿De qué diablos me sirven estos salones, donde el placer, á veces, se disimula? ¿Por qué no han de admitirse los apretones? ¡Malditas exigencias!... ¡Si fuera chulal...!

FIACRO YRÁYZOZ.

BABOSA LITERARIA

Programa de Luis Zambombo, novelista de regalo y crítico de comparas:

—«Al que me convenga, bombo; al que me disguste, palo, y con todo el mundo... farsa.»

ABDÓN DE PAZ.

EL SOMBRERO DE PULIDO

(CUENTO QUE SERÍA HECHO HISTÓRICO SI HUBIERA SUCEDIDO)
F Nicomedes Pulido era bohémo de nacimiento sin haber nacido en Bohemia.

Era jugador de oficio; pero, en cambio, se emborrachaba con mucha frecuencia y con agua-diente de Chinchón.

De calzado andaba medianamente; de ropa andaba mal, y de sombrero puede decirse que no andaba.

¿Qué sombrero el de Pulido!

No bastó el riesgo que las nubes solían enviarle para que creciesen sus mezquinas alas, apesar de lo cual voló el sombrero infinitas veces á impulsos del viento; y tanto bollo recibió, que aquello ya no era sombrero, era una verdadera boilería.

Sus innumerables calvas habían sido tapadas con sustancias diversas, desde el betún craso hasta la salsa de calamares; pero últimamente lo repelía todo, y de negro se convirtió en be-rrando.

De sus interioridades no hay que hablar; baste decir que desde muy joven quedó huérfano de forro.

En fin; los amigos de Pulido prodigaron tales *alabanzas* al sombrero, que nuestro hombre decidió buscar un medio de sustituirle por otro nuevo sin que le costase un cuarto, aun cuando él pensaba que á una mala cabeza debía corresponder un mal sombrero.

Después de meditar sobre este punto inútilmente durante muchos días, la Providencia se levantó cierta mañana de humor de proteger á Pulido en su empresa.

¿Cómo?

Vamos á verlo.

La Baronesa de Valdecosquillas, señora de grandes rentas y no pequeñas extravagancias, celebraba entonces famosas reuniones de confianza.

Didimo Galán, uno de los tertulios de la Baronesa, joven humildito, bachiller en artes, doctor en majadería y socio de la Juventud Católica, se había hecho amigo de Nicomedes Pulido en cierta casa de juego donde ambos acudían á despellejarse recíprocamente, y se le ocurrió proponer á la encopetada señora la presentación del bohémo en una de aquellas reuniones para que divirtiese á la concurrencia.

Porque hay que advertir que Pulido, cuando no era un *pellejo* era en estuche, é imitaba perfectamente á los actores, á los cantantes, á los toreros y á los oradores más afamados.

¿Á cuántos animales imitaba!

El burro, el gallo, el mirlo, el buey, la rana, todos, en fin; eran remedados por él con facilidad asombrosa. Ofr á Pulido era ofr á un bicho cualquiera.

Yo creo que si se hubiera propuesto imitar el canto del conejo de Indias ó del perceve, lo hubiese logrado sin gran esfuerzo.

Cierta mañana del mes de Enero, cuando Galán y Pulido abandonaban la timba, entablaron el diálogo siguiente:

—La Baronesa de Valdecosquillas sabe corresponder á los favores que se le hacen.

—¿Te cuadraría ir esta noche á su casa y lucir tus habilidades ante sus amigos?

—No me cuadraría: me redondearía. Porque supongo que nos dará algo de cenar, y precisamente para esta noche no vislumbro en lontananza ni unas tristes patatas, si en las patatas cabe tristeza.

—Pues esta noche vendrás conmigo.

—Corriente. Pero esta ropa...

—Pierde cuidado. La Baronesa es excéntrica y le harán gracia los siete de tu levita y el tornasolado de tu pantalón.

—¿Y las manchas?

—Bah, bah. El sol también las tiene y por eso no deja de ser un sujeto muy apreciable.

—Bien. ¡Pero este sombrero!...

—Eso no te preocupe. Lo has de dejar en la percha...

Llegó la noche.

Las últimas palabras del joven Galán habían impresionado agradablemente á Pulido, pues llevaba muchos días pensando cómo podría cambiar de sombrero, y veía próxima la ocasión de verificarlo.

La Baronesa esperaba con impaciencia al amigo de Galán, porque sobre haber despertado su curiosidad, iba á recordarla con sus gracias al difunto Barón, que poseyó en vida habilidades análogas á las de Pulido.

La presentación de éste fué notable.

—Baronesa, presento á V. á mi amigo Nicomedes Pulido, que tiene el don de imitar á los animales como su esposo de V., que esté en gloria.

—Muy señor mío... Tengo tanto gusto... etc., etc., etc.

Omito aquí lo que sucedió en la reunión.

Allí se hizo de todo.

Y con decir «todo» está dicho todo.

Por fin llegó el momento supremo para Pulido.

Poco después de un pequeño té, que defraudó sus esperanzas, y antes de que el desfile comenzase, el bohemio se dirigió al recibimiento, echó una rápida ojeada á todos los sombreros de la percha, y cogiendo el que le pareció más fiamante, salió de la casa como alma que lleva el diablo.

Concluida la tertulia y ya en la calle casi todos los asistentes, el último de éstos, que por cierto era brigadier, se volvía loco buscando su sombrero y prefirió llevarse el viejo y sucio que quedaba en la percha, á lucir su calva por esas calles de Dios con el viento frío que reinaba. Así lo efectuó, no sin renegar del *distraído* caballero que le hiciera semejante cambio.

Al día siguiente devolvía el brigadier á la Baronesa una carta de ésta que había encontrado entre las raídas badanas del sombrero.

La carta decía así:

«Sr. D. Nicomedes Pulido: Pareciéndome violento recompensar á V. en otra forma, y conociendo al mismo tiempo su situación, mando poner á V. en el forro de su sombrero, y bajo este sobre, los dos adjuntos billetes de 50 pesetas, para que haga de ellos el uso que mejor le parezca.—Suya afectísima,
La Baronesa de Valdecosquillas.»

La Baronesa, adivinando la traza de Pulido, se guardó los billetes.

Pulido empeñó inmediatamente el sombrero del brigadier, y éste vendió el de Pulido á un traperero por seis céntimos de peseta.

No sabemos qué le pasó á Pulido después; pero suponemos que tendría que comprar en el Rastro otro sombrero parecido al de marras.

¡Pobré Pulido!

No hace muchos días falleció en la calle del *Sombrerete*. Era de esperar.

JUAN PÉREZ ZÚNIGA.

NOCTURNO

—¿Cómo tan tarde, Gonzalo?
—Perdona, querido cielo, que si algo me retrasé bien sabe Dios que lo siento.
—Tu amor siempre se disculpa para no venir á tiempo; ¡pero amor que se entretiene es un amor muy pequeño!
—Pequeño mi amor! Te engañas.
—Pues yo á tus pruebas me atengo.
—¿Quieres una nueva?
—Sí.
—Dame tu mano.
—No quiero.
—¿Qué intentas hacer?
—Besarla.
—¿Pues me hace gracia tu intento! ¡Pretender besar mi mano!...
—¿Tú sabes lo que es un beso?
—Una cosa que no es santa.
—¿Que no es santa? Sí, mi dueño; ¡si es un viaje de placer que hacen dos seres al cielo!
—¿Al cielo dices, Gonzalo?
—Yo opino que es al infierno.
—¿Dame tu mano y verás cómo es tu error manifiesto. Permite, vida mía, que pose en ella, frenético, todo el cariño de un alma con todo el calor de un cuerpo. Deja, niña, que sobre ella ponga mis labios de fuego y verás, á su contacto, cómo á la gloria ascendemos...
—(Si sigue así, me convence.)
—(Si sigo así, la convengo.)
No seas tan desdenosa.
—No es desden... mas... no me atrevo.
—¿Por qué?
—Puede ser pecado.
—Si es pecado... ¡yo te absolví!
—Entonces... ¡no me resisto ante un confesor tan bueno!
Tómala.
—Gracias, mi vida, por el colmo de mi anhelo.
—(Logré al fin que me besara.)
—(Al fin logré darla un beso.)
—¡Basta ya! ¡¡asta, por Dios!
¡Hombre, sueñta!... ¡no seas tercol!
—No tires, que me haces daño!
—No tires, que ya te suelta!
—Mas... ¿dónde está mi sortija?
—Se habrá perdido! ¡Lo siento!
—Sin duda al forcejear.
Yo te oprímia los dedos, tú tirabas, y en la lucha se debió caer al suelo.
—¿Qué lástima! Y no se ve.
—Miraré á ver si la encuentro.
—¡La noche está tan oscura!...
—¡Está el cielo tan cubierto!...
—Me parece que allí brilla.
—Sí, allí brilla; ya la veo.
Gonzalo se fué á cogerla por su servicio contento, y... ¡horror! ¡cogió una *colilla* que agonizaba en el suelo!
F. DE ZARANDONA.



Acaba de salir á luz el segundo folleto literario de *Clarín*. Se titula *Cdnovas y su tiempo* y es una de las más profundas, satíri-

cas é intencionadas obras del ilustre crítico que nos honra con su colaboración. Una vez abierto el libro, no queda al lector otro remedio que concluirle. Aquel estilo delicioso, aquel especialísimo golpe de vista páfa lo ridículo, aquellas digresiones oportunas y chispeantes, todo, en fin, lo que revela la personalidad literaria de *Clarín* resalta en el folleto.

Así se comprende la tremolina que ha armado entre la gente de letras. Supongo que VV. le habrán leído á estas horas...

Pues bien, ¿no tengo razón?



Frente al comedor modesto de mi casa, se ha propuesto Pablo Mira vender lomo; y, en su mismo puesto puesto, mira Mira cómo como.



Nuestro colega *Zaragoza* ha publicado un magnífico retrato de la notable actriz D.^a Carmen Cobefias, admirablemente hecho al lápiz por el dibujante Sr. Duce. De este grabado se deducen dos cosas:

Que el Sr. Duce dibuja muy bien y que D.^a Carmen es una mujer capaz de hacer pecar á un santo.



Yo la aconsejo á usted, doña Francisca, que no juegue á la brisca con Pepete, no por lo de la brisca, sino por la mesilla con tapete?



—Caballero, cinco céntimos para un panecillo.
—Pero, hombre, ¿á estas horas pidiendo por las calles? ¿No sabe usted que hay un Refugio donde dan gratis cena; cama y desayuno?

—Sí, señor, ¡pero aquello *cae* tan lejos!



El jueves dejó de existir D.^a Luisa Ardura y Agreda, esposa de nuestro queridísimo amigo D. Eduardo Iglesias, inteligente y activo capataz de vendedores y repartidores del MADRID COMICO.

La redacción de este periódico se asocia de todo corazón á la pena que aflige al Sr. Iglesias y le dedica en estas líneas su más sentido pésame.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. C. P.—Valladolid.—No, si lo malo es que el estilo es vulgar como él sólo. Y además no tiene pizca de gracia.

K. *Tástrofe*.—Composición I. nutil.

Un *Nota*.—No seas *guarrol*!

S. P. K.—Y la poesía también P. K. de mediana.

Cóndito.—En cada seguidilla hay, por lo menos, dos ó tres asonancias que no se sabe á qué vienen.

Juan Palomo.—Soneto del antiguo sistema. Pero sin faltas de ortografía ¡eso no!

Berbigui.—Otro soneto del sistema antiguo.

Sr. D. F. Z.—Valladolid.—Es demasiado larga. Precisamente en este número...

Sr. D. J. O.—Villamantilla.—Muy larga para lo que el asunto da de *ouí*.

Mala sombra.—Sevilla.—El 133.

Sr. D. A. de L.—Efectivamente, se ve la inexperiencia. Queda V. perdonado.

Sr. D. B. A. R.—Madrid.—Parece que lo ha hecho V. en broma. ¡No está mala bromal! O es que no tiene V. idea de los consonantes?

Cómo.—No es lo malo que se sepa el chiste, sino que es atrevidillo.

Tarifa especial.—¿A que no hay en esa composición tres versos seguidos que ragan la misma medida?

Sr. D. R. A. M.—Madrid.—Las dos tienen los mismos defectos; vulgaridad de estilo y muchas incorrecciones de forma.

Sr. D. C. R.—Soria.—¡Dale, bola! mejor dicho, ¡dale bolo!

Alquitrán.—Y habrá V. perdido un día haciendo esa tontería!

P. K.—Zaragoza.—Todo va bien hasta el final; pero *allé*... *allé* está lo fuerfético y un poco forzado.

Sr. D. G. B.—Santander.—Es una vulgaridad, pero no hay razón para desanimarse. Lo que hay que hacer es adquirir buen gusto.

Sr. D. E. del V.—Madrid.—Está ya preparada.

Un *adoquin* de la calle de *Valverde*.—Pero, ¡Dios mío! esa es una interminable serie de bombos. Y ¡claro! la modestia...

Siencitar.—Están tan mal, que parecen hechos así de propósito.

Alcetil.—Sumamente incorrectas ambas, la recomendada sobre todo.

Un *ataclismo manchego*.—Una bobada más, ¿qué importa al mundo?

MADRID 1887.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa

Libertad, 16 duplicado, bajo



Esto dicen que es lo más distinguido de Madrid. ¡Ganas de hablar que tienen algunos!

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2, segundo

ESPACIO TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO
Teléfono núm. 820

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 3
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante, que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el álbum, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar..... 20 pesetas
Encuadernado en tela..... 25
Cartulinas sueltas (cada una)... 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.